

PANORÁMICA. El Parque Nacional de los Nevados. Sin picos nevados. Nuevo nombre incoherente por culpa del cambio climático.



COLOMBIA

EL TRIÁNGULO DEL CAFÉ



ES EL SEGUNDO DESTINO TURÍSTICO DEL PAÍS. TRES REGIONES DONDE SE PRODUCE EL 66% DEL CAFÉ DE COLOMBIA. **UN PAISAJE SIN DESCAFEINAR:** HACIENDAS RECONVERTIDAS EN PARQUES TEMÁTICOS ENTRE MONTAÑAS, PALMERAS Y TERMAS

TEXTO XAVIER MORET FOTOS XAVIER JUBIERRE



LA HORA DEL CAFE. Trabajador de una hacienda cafetera de Salento. El pueblo, instalado a media montaña, es la puerta de entrada al valle del Cocora.



Si hay un país en el mundo cuyo nombre se asocie con el café, éste es sin duda Colombia. No es extraño, por tanto, que el segundo destino turístico de Colombia, después de la caribeña Cartagena de Indias, sea el Triángulo del Café, una región del centro del país delimitada por las ciudades de Armenia, Pereira y Manizales en la que se produce el 66% del café de Colombia. Conviene advertir, sin embargo, que el café no es el único aliciente de esta región, que cuenta con un espectacular paisaje de verdes colinas y extensos cafetales que se alternan con la variedad local del bambú (la guadua), los bananeros y, siempre que uno suba lo suficiente, las elegantes palmas de cera, el árbol nacional de Colombia.

Tres son las regiones que comprende el Triángulo del Café: el Quindío, Caldas y Risaralda. Empecemos por el Quindío. El aeropuerto de su capital, Armenia, se llama El Edén, y el viajero advierte de inmediato que el paisaje no desmerece el nombre, ya que se encuentra con un fértil altiplano, situado a más de mil metros de altura y flanqueado por el Parque Natural de los Nevados, con picos de más de 5.000 metros. Tras atravesar Calarcá, un pueblo que presenta la particularidad de agrupar las discotecas frente al cementerio (la ventaja, dicen, es que los muertos no se quejan) aparecen una serie de aldeas y haciendas cafeteras con nombres que delatan el origen o los sueños de sus fundadores: El Vesubio, Birmania, Sakurayima, El Paraíso, Sinaí, La Esperanza... y hasta una pequeña Barcelona.

Son varias las fincas de la región que ofrecen la posibilidad de seguir el proceso del café; algunas hasta parecen parques temáticos, ya que permiten a los visitantes disfrazarse de recolectores y sentirse cafeteros por unas horas. Más allá del folclor, sin embargo, compensa visitar una finca como La Recuca, por ejemplo, que organiza un recorrido por su extenso cafetal en el que se puede ver cómo los recolectores recogen los granos uno a uno y los distintos grados del proceso para obtener un buen café, que pasan por el lavado, la selección, el despulpa y el tostado hasta el empaquetado final. “El secreto del buen café de esta región



—asegura el capataz, Silvano— está en parte en la altura de los cafetales, que aquí se encuentran entre los 900 y los 2.000 metros; en la temperatura, que aquí va de los 8 a los 24 grados, y en las horas de sol. No hay un lugar como éste en el mundo”.

Hasta aquí, la teoría y el paseo entre cafetales. Para degustar un buen café, sin embargo, vale la pena desplazarse hasta el cercano pueblo de Quimbaya, en cuyo centro se encuentra el multipremiado establecimiento la Casa del Café. “El café que les ofrezco —explica Juan Carlos Alzate Villegas, su apasionado propietario— se cultivó en la finca La Esperanza, fue recogido hace 15 días y tostado hace ocho. A mí me gusta saber de dónde viene el café que bebo y qué proceso ha seguido, porque hoy muchos cafés se hacen mezclando granos de diferentes fincas y pierden personalidad”.

“En la cata del café —dice Alzate mientras nos tomamos el café (muy

CAFÉ CON CASCO. En el Bosque del Samán, las rutas turísticas incluyen canopy sobre los cafetales.



bueno)— son importantes la dulzura, la acidez media, el cuerpo y el sabor que permanece en boca. El secreto de un buen café está en controlar bien todo el proceso: de la mata a la taza. Si no se hace así, no puede salir bueno. Nosotros fundamos la Casa del Café con un concepto que va en contravía de las tiendas de café tradicionales. En contra del modelo económico de producir el máximo de café a costa de lo que sea. Nosotros nos preocupamos de la calidad y no ponemos ni pesticidas ni abonos químicos. Así sacamos un café cien por cien natural. El agua es importante, pero también la molienda, el tostado... En la tienda, la temperatura de la máquina es siempre la ideal”.

HACIENDAS CON ENCANTO

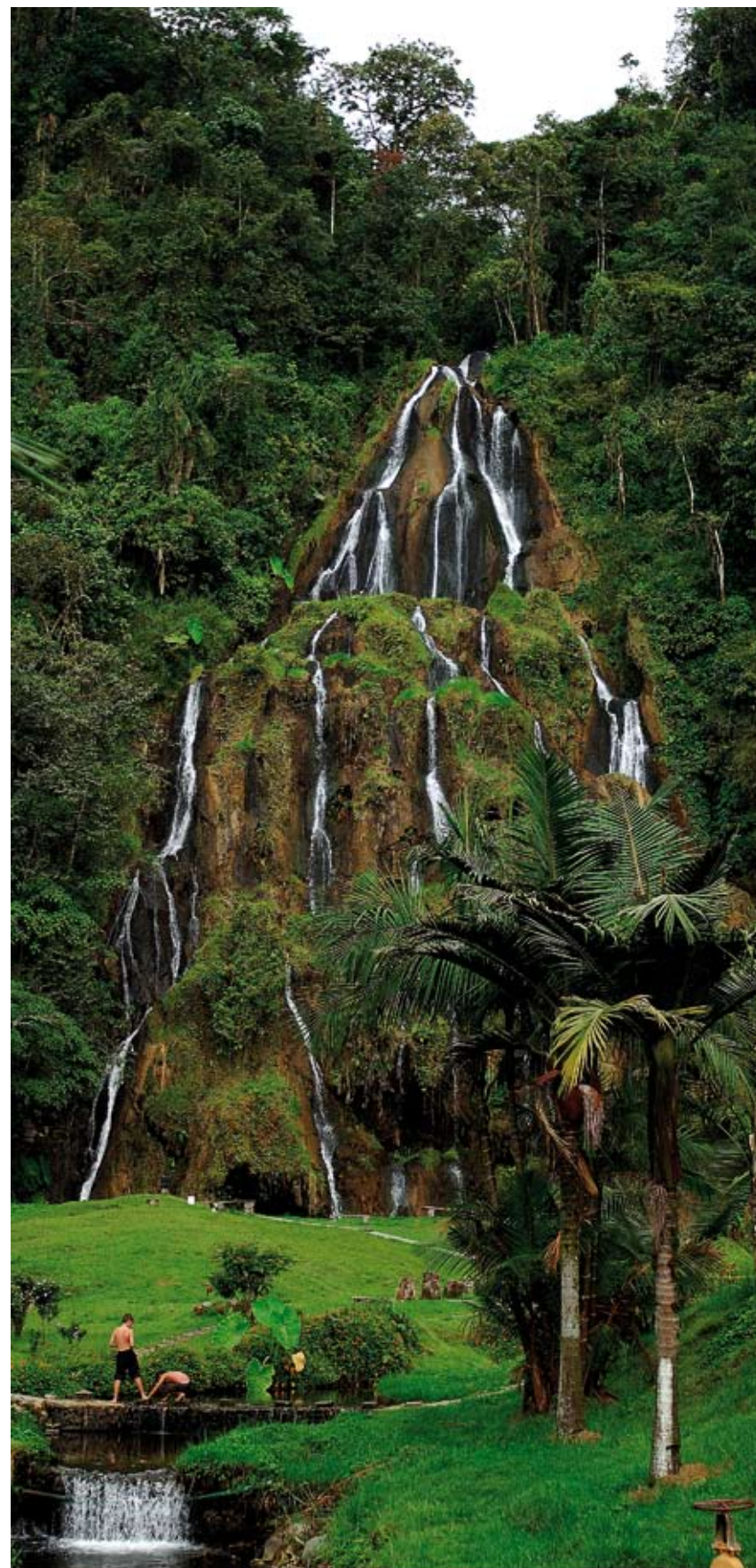
En el Triángulo Cafetero han entendido que no sólo de café vive el hombre y han surgido en los últimos años una serie de hotelitos con encanto, instalados por lo general en haciendas cafeteras, en los que puede uno relajarse en un ambiente idílico o dedicarse a actividades turísticas. En el Bosque del Samán, por ejemplo, los visitantes inquietos pueden hacer canopy sobrevolando los cafetales colgados de un cable. Ahora bien, frente a

estas emociones domesticadas, los amantes de la montaña tienen su lugar en el cercano valle del Cocora, un santuario de la naturaleza situado entre 1.800 y 2.400 metros de altura.

Salento, la puerta de entrada al valle, es un agradable pueblo situado a media montaña, con una encantadora arquitectura colonial, casas pintadas de alegres colores, cafés antiguos con arrieros en la barra y una calle llena de tiendas de artesanía. En la plaza del pueblo, presidida por la inevitable estatua de Bolívar (sí, Bolívar también estuvo aquí), no faltan la iglesia, el ayuntamiento, una comisaría superprotegida y varios restaurantes que sirven la especialidad de la zona (trucha con patacones), aunque la principal tentación son los jeeps Willy's que transportan a la gente por el valle. Suelen ir cargados hasta los topes (es habitual que lleven hasta diez personas, con sus correspondientes bultos) y, para redondear la ambientación, acostumbran a llevar un gran racimo ▶

EN LA REGIÓN DE QUINDÍO, UN PUEBLO AGRUPA LAS DISCOTECAS FRENTE AL CEMENTERIO. LA VENTAJA, DICEN, ES QUE LOS MUERTOS NO SE QUEJAN





LOS TERMALES DE SANTA ROSA.

Vergel inesperado a pie de montaña: cascada, piscinas de agua termal y ambiente familiar.

de plátanos atado al parachoques frontal. Llegamos en uno de esos Willy's hasta el Bosque de Cocora, el restaurante que sirve de base para pasear por esta bella región montañosa, de un verde resplandeciente, en el que destacan las palmas de cera –larguísimas palmeras– y la niebla que suele coronar los altos. “La palma de cera, que es la que vive más arriba, es endémica de estas tierras”, cuenta el guía Marino Toro mientras nos tomamos un canelazo (infusión con azúcar, canela y aguardiente) para entrar en calor. “Llegan a tener hasta 60 metros de altura y están cubiertas de cera. El naturalista Alexander von Humboldt estuvo aquí en 1801 y dijo que la visita a este valle había sido lo mejor de su viaje”.



Una ley de 1985 proclamó la palma de cera del Quindío árbol nacional de Colombia, con el compromiso de protegerla. “Cada vez vienen más turistas a contemplarlas –apunta Toro–, pero ésta es una zona de protección especial, con pocos hoteles. Los turistas, en general, pernoctan en Armenia”.

CABALLOS Y 'BURROTECAS'

Para visitar el valle, nada mejor que una excursión a caballo. En lo alto sopla la brisa del páramo, una especie de orvallo que va calando, y la niebla difumina la cima de las palmas. Una excursión de una hora es suficiente para admirar la magia del valle, aunque si se aspira a más se puede llegar en hora y media hasta el Bosque de Niebla y en cuatro días al Parque Nacional de los Nevados. “Por lo general, la gente es respetuosa con la montaña”, cuenta Marino Toro mientras comemos unas arepas (tortas de harina de maíz) y la típica trucha con patacón (plátano machacado hasta que quede extraplano y frito). “Pero también los hay escandalosos que van con burroteca”. ¿Burroteca?



“Sí, hombre, es un burro cargado con un par de potentes bafles que algunos llevan para montar la fiesta”.

De regreso a la Autovía del Café, el eje que comunica toda la región cafetera, hay varios controles militares y un cartel que proclama: “Viaje seguro. Su Ejército está en la vía”. La pretensión es transmitir tranquilidad, pero a veces consigue el efecto contrario. Es como el eslogan de Colombia, que, jugando con la fama de país peligroso, afirma: “Colombia. El riesgo es que quieras quedarte”.

LOS TERMALES

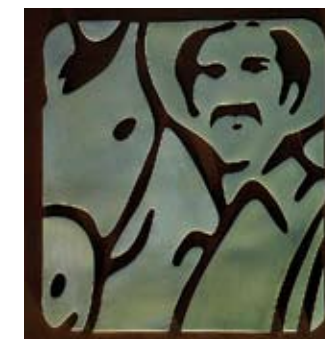
Dejamos atrás la ciudad industrial de Pereira y avanzamos por una autopista flanqueada de cuidados cafetales que se suceden hasta el horizonte, llenando colinas y hondanadas, como si no hubiera nada más que café en el mundo. De vez en cuando, una chiva (autobús tradicional con carrocería de madera y sin ventanas) pone la nota de color. En el pueblo de Santa Rosa de Caldas nos desviamos hacia los Termales, un vergel inesperado al pie de las montañas, con una vegetación tupida, helechos de varios metros y una espectacular cascada que se desploma desde lo alto de unas rocas negruzcas. Hay en su base unas cuantas piscinas de agua termal y un ambiente familiar, con muchos niños chapoteando en el agua.

Al final de la Autovía del Café, la orografía se enreda y subimos zigzagueando hasta Manizales, otra población maltratada por los terremotos, al igual que Armenia. Aquí el ambiente cambia: la montaña se siente mucho más cerca y desde su espectacular

TÓPICO CAFETERO. El valle del Cocora, rodeado de palmas de cera, el árbol nacional de Colombia.

mirador se entiende la complejidad y la belleza de los alrededores, con los 5.231 metros del Nevado del Ruiz presidiendo el paisaje. Pablo Neruda dejó escrito que “Manizales es una fábrica de bellos atardeceres”, pero por desgracia está nublado cuando llegamos.

Manizales tiene fama por su temporal taurina, por su amazotada catedral construida en hormigón para resistir los terremotos, por la obligada estatua de Bolívar (aquí disfrazado de cóndor), por sus edificios coloniales y por el ambiente universitario. Durante años, también fue famosa por El Cable, un teleférico de carga que atravesaba cien kilómetros de montañas para llegar a la población de Mariquita. Todavía hoy queda alguna de las antiguas torres y la estación, sede de la Facultad de Arquitectura; junto a ella, hay una moderna tienda Juan Valdez que ofrece, cómo no, un buen café de Colombia. En el televisor de la tienda pasan varios anuncios de Juan Valdez y un fragmento de *Como Dios*, la película en la que el actor Jim Carrey, sabiéndose Dios, piensa que le gustaría tomarse un café de Colombia y automáticamente aparece Juan Valdez para servirlo en persona. No todos tienen la misma suerte, claro, pero, aunque no lo sirva el mismísimo Juan Valdez, hay que convenir que el café y la belleza de la región justifican el viaje. [COM](#)



SÍMBOLO NACIONAL. Juan Valdez y su burro cargado con el café de los muy cafeteros.

EN LA AUTOVÍA DEL CAFÉ, EL EJE QUE COMUNICA TODA LA REGIÓN CAFETERA, HAY UN CARTEL QUE PROCLAMA: “VIAJE SEGURO. SU EJÉRCITO ESTÁ EN LA VÍA”